

PIROCromo

Revista estudiantil

Número 33 / Julio-Diciembre 2025

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro

Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín

Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera

Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera

Director General de Difusión y Vinculación

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Jefe del Departamento Editorial

Dra. Sandra Reyes Carrillo

Coordinadora de las Revistas

para la Licenciatura en Letras Hispánicas

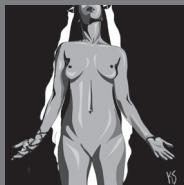


Imagen de portada:

La Virgen de la Tosquera

KSDGhost

Núm. 33 (2025): Esoterismo

PIROCromo, número 33, julio-diciembre 2025, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Departamento de Letras Hispánicas y el Centro de las Artes y la Cultura. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags., México. Tel. (449)9107400, ext. 58205. <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com. Editora responsable: Sandra Reyes Carrillo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102; e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Xamira Martínez Márquez, Avenida Universidad No. 940, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité encargado de la publicación.

PIROCromo

Editora:

Xamira Martínez Márquez

Editor adjunto:

Saúl Abraham Morales Piña

Consejo editorial:

Arlette Armenta Lira

Dalia López Palomo

Danna Paulette del Río Guillén

Iris Quetzalli Jiménez Díaz

Itzel Román Álvarez

María Alejandra Mendoza González

Merari Estefanía Martínez Reyes

Rebeca Valeria Rodríguez Bonilla

Sara Juliette Martínez Delgado

Verónica Hernández Núñez

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:

Louisa Fernanda Pérez Salas

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

TikTok: @revistapirocromo

Instagram: @revistapirocromo

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Esoterismo

› NARRATIVA

Inmortal: El caso de Renzo Bel

Ricardo Alberto Linares Martagón

5

Sesiones de sanación

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

18

Calla y obedece

Terciopelo Azul

26

El chamán siempre toca dos veces

Guillermo González Lara (Laremo)

32

El aquelarre y los secretos de la sangre

Mirza Patricia Mendoza Cerna

41

› POESÍA

Astral acústico

Aldo Vicencio

24

El rosario a ciegas

Max Pache

30

Remedio para la tos

Frida Joel Rangel Esparza

38

Cartas, fortuna, destino

Daniel Alejandro Tena Salas

45

› HISTORIETA

Hechizos simples

Omar “Mr. Pulp” Sandoval Lozano

31



Esoterismo. En su esencia más pura, se refiere a un conjunto de enseñanzas y prácticas que buscan el conocimiento oculto y la comprensión de las verdades internas del universo y del ser humano. Este término abarca una amplia gama de tradiciones, desde la alquimia y la astrología hasta el tarot y diversas prácticas espirituales. A lo largo de la historia, el esoterismo ha sido un camino para aquellos que buscan trascender las limitaciones de la realidad visible y acceder a un conocimiento más profundo y significativo.

A lo largo de los siglos, escritores y artistas han recurrido a los símbolos esotéricos como herramientas para expresar lo inefable y explorar la condición humana. Desde la poesía mística de los sufies hasta las obras de arte surrealistas, el esoterismo ha inspirado a generaciones de creadores a investigar lo desconocido y a representar lo que escapa a la lógica.

Esta edición de *Pirocromo* funge como un espacio donde las palabras y las imágenes convergen para ofrecer una experiencia sensorial y espiritual. Exploraremos sus múltiples facetas a través de cuentos y poesías que nos transportan a realidades donde la magia y lo cotidiano se entrelazan. Los textos que componen este dossier tienen como ejes temáticos la conexión entre lo espiritual y lo material, la búsqueda de la sabiduría ancestral y el poder de la intuición. Cada autor ha aportado su visión única, creando un mosaico de experiencias que invitan a la reflexión y al asombro.

Las imágenes que acompañan a estos textos también son parte integral de esta exploración. La portada, *La Virgen de la Tosquera*, captura la esencia del esoterismo con su simbología rica y evocadora. Las obras interiores complementan las narrativas, presentando visiones artísticas que van desde lo místico hasta lo inquietante. Incluimos ilustraciones que representan el poder de los rituales, la dualidad de la existencia y la conexión entre lo humano y lo divino.

Así, invitamos a nuestros lectores a sumergirse en este viaje a través de lo oculto y lo desconocido, a dejarse llevar por las historias y visiones que aquí se presentan, y a descubrir el poder transformador del esoterismo en la literatura y el arte.

La editora

Inmortal: el caso de Renzo Bel

Ricardo Alberto Linares Martagón

Tutor autónomo del idioma inglés

Los siguientes documentos llegaron a mí hace varios años a través de un remitente anónimo. Después de un largo y exhaustivo proceso de convencimiento, mi editor por fin me dio luz verde para publicarlos en esta columna.

A pesar de la existencia comprobable del procurador Valente Domínguez (1927-1986), la veracidad de dichos documentos aún no ha sido corroborada, por lo que exhorto a mis lectores a escribirme a mi correo o a la dirección del periódico, si es que alguno posee información pertinente al respecto.

Carta del agente especial Rogelio Tapia al procurador Valente Domínguez:

Lic. Valente Domínguez

Procurador General de Justicia del Estado de Veracruz

Por medio de la presente, me dirijo a usted con total respeto y admiración para pedirle que, más allá de sus servicios y jurisdicción, haga caso a mi solicitud en calidad de amigo.

Con el afán de no quitarle mucho de su valioso tiempo, procederé a describir las razones y los eventos por los que he decidido ponerme en contacto con usted.

El sábado 31 de octubre del año en curso (1983), recibí una inesperada carta de parte de la señora Marta, viuda de Bel. En la misma me pedía que nos reuníramos a la brevedad posible, por lo que me citaba las 10 de la mañana del 2 de noviembre, es decir, el lunes en el café de La Parroquia, ubicado en la calle Zaragoza de esta ciudad.

Debo decir que recibí la carta con cierta desconfianza, pues la señora y yo nunca habíamos tenido ninguna correspondencia de este tipo; empero, la rúbrica de su puño y letra, así como la urgencia en sus

palabras, me hizo aceptar su llamado como legítimo. Como usted bien sabe, el detective Renzo Bel fue mi mentor, por lo que me sentía más que obligado a honrar su petición.

Cabe señalar que, cuando le pedí a la Sra. Bel que me dejara contactarlo para solicitar su apoyo en el caso, con sorpresa me enteré de que ella ignoraba que hubiera una amistad entre usted y el detective; no obstante, dijo que usted le parecía un hombre derecho y que además confiaba en mi juicio.

Ahora bien, aunque usted conoce a fondo los pormenores del caso Bel, por propósitos de seguridad, voy a estipular, de manera sucinta, lo ocurrido con el detective hace poco más de un año:

El detective Bel desapareció en septiembre del año pasado (1982), mientras trabajaba en el caso de La Pluma Verde, en el cual, humildemente, yo le asistía. La noche en que yo, se podría decir, resolví el caso —aunque bajo ninguna circunstancia debe atribuirseme dicho triunfo, pues la única razón por la que llegamos a la ineludible instancia de atrapar al ladrón fue gracias a la perspicacia del gran Renzo Bel—, el detective no se presentó, y a partir de ahí no se volvió a saber de él. Hasta ahora.

Sucede entonces, Sr. Procurador, que ha aparecido una carta (que adjunto), presuntamente escrita por el mismo detective Bel.

Una vez que haya estudiado todo, le pido me contacte para reunirnos. Creo que, si el detective Bel de verdad está vivo, usted y yo deberíamos ser quienes den con su paradero.

Esto, bien, bajo el supuesto de que el detective Bel realmente quisiera ser encontrado y sólo esté expresando lo contrario porque se encuentre en peligro. Bueno, pero no quisiera precipitarme a sacar conclusiones sin antes tener su valiosa opinión en el caso.

En cuanto al resto del contenido de la carta, no dudo que al igual que yo, usted la va a encontrar de lo más surreal. Después de leerla me he dado a la tarea de investigar a fondo sobre los hechos que describe y, con temor, he comprobado que son ciertos. Es decir, todo lo que ahí se relata sucedió y los objetos que menciona también son reales.

Sin más que agregar por el momento, quedo en espera de su pronta y positiva respuesta.

Cordialmente,

Rogelio Tapia A.E.

Carta del detective Renzo Bel a su esposa Marta de Bel:

Marta:

Espero que mis palabras no te causen más dolor del que ya te he provocado.

Nunca fui un buen esposo, ni siquiera un buen amante. Lo sé. Pero siempre te fui leal, de eso puedes estar segura y yo orgulloso.

Sé que te debo una disculpa muy grande por la manera tan abrupta en la que salí de tu vida y la de Blanquita. Perdóñenme, si es que encuentran la fuerza en su corazón para hacerlo. Si no, sé que habré cosechado lo que siempre sembré, y por eso me arrepiento ahora, pero no puedo hacer nada más.

La historia que a continuación te voy a contar —porque nunca tuve el valor de decírtelo en persona— explica un poco por qué soy como soy y por qué desaparecí de sus vidas. Espero puedes entenderme, pero, sobre todo, espero que mis palabras te den la tranquilidad necesaria para seguir con tu vida.

Dale un beso muy grande a mi hija de mi parte y, si fueses tan benévola, como sé que lo eres, dile que su padre siempre intentó ser eso: un padre, pero que nunca lo consiguió.

Ahora, Marta, mi Martita, léeme con mucha atención, por favor: la pequeña casa donde viví con mis padres cuando era niño ocupa, sin lugar a duda, el lugar más tenebroso de todos en mi vida. Se encontraba dentro de una pequeña vecindad, cerca del centro de la ciudad.

De las seis familias que vivieron ahí al mismo tiempo, en un período de aproximadamente un año, cuatro de ellas perdieron a un ser querido. Al principio, se pensó que las muertes no estaban relacionadas en lo absoluto y que todo había sido causa del fatal destino. Eso estaba bien para los que preferían la certidumbre de la ignorancia, pero no para otros como yo.

Gracias a la claridad que el paso del tiempo provee, pronto entendí que todo había comenzado cuando Pablo y Verónica llegaron a vivir a la vecindad. Eran dos hermanos, aunque a primera instancia en nada se parecían. Él era de tez clara y ella muy morena, provenientes del sur del estado; estaban en busca de una mejor vida. Trabajaban de sol a sol y los domingos salían desde temprano, por lo que nunca nadie los veía, si acaso cuando uno los topaba al entrar o al salir de la vecindad, nada más.

Una tarde cualquiera de un día entre semana, tan sólo unos días después de que ellos llegaron a vivir ahí, Marta, el terror finalmente se desató; la familia Salas, una familia típica nuclear, conformada por el matrimonio de David y Miriam, y sus tres hijos: Abel, Azael y Alma, conocerían la tragedia por primera vez en sus vidas. Sucedío que, esa tarde, mientras Alma jugaba sola en el patio, justo frente a la casa de Pablo y Verónica, la niña se desvaneció de repente. Fue don Víctor, un viejo de casi noventa años, de los primeros que había llegado a vivir a la vecindad, el único que se percató, aunque muy tarde, de que la niña yacía tendida en el suelo, inerte. Días después se supo que la niña había sufrido un aneurisma cerebral.

Fue así como la muerte había llegado a la vecindad en donde yo vivía, cuando apenas tenía 11 años.

El tiempo transcurrió, y para cuando la familia Salas y todos los demás apenas salíamos del doloroso encuentro con la muerte, ésta hizo su segunda aparición tan sólo unos meses después.

Una bonita mañana, mi madre salió de prisa de la casa, aterrizada por los gritos desgarradores de doña Soraya, la esposa de don Víctor, quien lo había hallado muerto sentado en su mecedora afuera de su casa.

Como era lógico pensar, la muerte de don Víctor, aunque dolorosa, no portaba los mismos tintes de tragedia que la de Alma, una niña de 9 años; sin embargo, sí calaba hondo, porque don Víctor era querido y respetado por todos. No había situación que no se decidiera sin su opinión.

La causa de su muerte, cabe mencionar, se determinó como natural. A partir de ahí, se empezó a decir que la muerte definitivamente andaba suelta en la vecindad, por lo que mi madre sugirió que el padre Matías, quien daba misa en la iglesia de San Martín, a las que nosotros siempre acudíamos todos los domingos, viniera a bendecir nuestros hogares. Todos estuvieron de acuerdo. Se abrirían las puertas de todos los departamentos y se le permitiría al padre bendecir todos y cada uno de los rincones de la vecindad.

Fue así, durante este proyecto, que Pablo y Verónica comenzaron a actuar muy peculiarmente: por principio, se negaron a aceptar la ayuda del padre Matías, alegando que no eran creyentes y que, por lo tanto, no veían necesaria la intrusión de un desconocido en sus vidas privadas.

Esto, a la mayoría, les pareció no sólo de mal gusto sino bastante indignante también. Todos ahí éramos creyentes y nos sentíamos más unidos que nunca, por lo que un desaire así no hizo más que poner a Pablo y Verónica dentro del ojo del escarnio de toda la vecindad.

Yo, sin embargo –y he aquí de disculparme si es que peco de narciso, tal vez, pero es que, no muchos años después, me di cuenta que siempre había tenido un sentido más que los demás para ver más allá–, no me tragué el cuento de que no eran creyentes. A mí, desde el primer instante, me pareció que se habían negado porque escondían algo.

Aunque en ese momento opté por quedarme callado, pues un comentario como ese, a mi edad, con seguridad hubiese sido tachado de chiflado, fantasías de un niño, etc., lo que sí hice, no obstante, fue empezar a observar a Pablo y a Verónica más de cerca. O al menos eso me prometí. Si bien, a decir verdad, no pasó mucho tiempo antes de que me olvidara de ellos y los sustituyera por las inexorables ocupaciones de mi vida de niño como la escuela, la tarea, el fútbol, los amigos, y las historias de detectives. Creo que a todos nos ocurrió algo similar: nos olvidamos un poco de ellos y de todo, pero sólo hasta que la muerte hizo su aparición por tercera vez en el mismo año.

Esta vez se trató de mi tío, quien vivía con su familia en otro de los seis departamentos. Un día, mientras él se encontraba barriendo afuera de su casa, mi tía, su esposa, escuchó una commoción proveniente del patio. Cuando salió a ver de qué se trataba, se encontró con que mi tío yacía en el suelo, muerto; había sufrido un paro cardiorrespiratorio. La noticia se recibió con tristeza, pero con entendimiento: mi tío tenía 84 años y toda su vida había fumado.

Lo velamos, enterramos y guardamos su luto. Al poco tiempo después, la vida en la vecindad continuó como si nada hubiese pasado nunca. Excepto que yo me sentía fastidiado, un tanto indignado con el desinterés, o por decirlo de otra forma menos clemente, la casi inexistente curiosidad de los demás sobre todo lo que había ocurrido.

Fue en uno de esos momentos de asfixiante desasosiego, que le mencioné a mi madre si se había percatado de que las tres muertes habían sucedido justo frente a la casa de Pablo y Verónica. Como era de esperarse, me dijo que no se acordaba y que, aun si fuera cierto, un hecho así no tenía importancia porque estaba comprobado que los tres habían muerto por determinadas causas específicas y naturales. Y sí, en esto último tenía razón, pero en cuanto a que el lugar de las tres muer-



La emperatriz, Samanta Macías

tes no tuviera importancia, a mí no me convencía para nada. Había algo en esa casa, estaba casi seguro. Algo que me atraía, me seducía.

Aturdido por estos pensamientos y, diría yo que impulsado en igual o mayor medida, tal vez, por una obsesión detectivesca aún en ciernes por las historias de *Sherlock Holmes*, *Lupin*, *Hércules Poirot*, *Lecoq*, *Dupin* y todos esos increíbles detectives que había empezado a admirar e imitar, me enfrasqué en una búsqueda por la verdad. Debía averiguar qué había detrás de la normalidad tan anormal que Pablo y Verónica presentaban.

Un día por la mañana, me levanté muy temprano, y mientras mi padre se bañaba, me escabullí hacia afuera. La noche anterior me había hecho de un pasador negro –de esos que usaba mi madre para sujetar su cabello– y un alambre. Con tales aparejos, intentaría abrir la cerradura de la puerta de la casa de los supuestos hermanos. Tiempo atrás, mi papá me había enseñado a hacer esto, una vez que se hartó de abrirme la puerta de mi cuarto cuando por enésima vez la había dejado con seguro y olvidado la llave adentro.

En medio de un precario jardín que había al fondo de la vecindad, agazapado tras un árbol, esperé atento a que Pablo y Verónica salieran de la vecindad. A las 6:45 de la mañana, como todos los días, los vi salir por la puerta principal. Dejé pasar unos minutos más y, cuando me sentí seguro de que no volverían, me escurrí de prisa hacia su casa.

Introduje el alambre y el pasador en la cerradura, y los manipulé con una destreza digna de *Arsène Lupin*. Cuando escuché ese maravilloso sonido de *click*, no pude evitar sonreír. Lentamente abrí y me metí, y tuve mucho cuidado de dejar la puerta entrecerrada. Con paso firme pero cauteloso, me adentré en la casa.

Para mi ojo todavía poco entrenado, todo parecía bastante normal –ni siquiera reparé, en ese momento, en el hecho de que sólo hubiera una cama matrimonial–, o debo decir, casi todo, excepto por un ropero muy grande cerrado con un grueso y viejo candado.

Volví a sacar mis aparejos y de nuevo me puse manos a la obra. El candado hizo *click* rápidamente y yo sentí un insólito orgullo; dicha exaltación rápido se convirtió en pavor.

Al abrir las puertas del ropero, lo primero que percibí fue un repugnante olor que, en ese instante, sólo pude comparar con heces fecales. El hedor me pegó tan de lleno que, involuntariamente, me

eché para atrás. Fue en ese minúsculo descuido, cuando quité las manos de las portezuelas, que una sombra se abalanzó sobre mí, arrojándome al suelo.

Cuando abrí los ojos, la sombra cobró forma: la de un hombre muy pequeño, raquíntico, de huesos duros, piel morena y áspera, dientes horrendos, sucios, casi negros, y mirada también negra, profunda y penetrante. Vestía unos harapos malolientes y de su boca exhalaba un aliento pútrido que me revolvió el estómago.

Mientras manoteaba y le gritaba que me dejara, empecé a distinguir lo que decía; lo repetía como si eso fuese lo único que supiera decir: "...hambre, tengo hambre, tengo hambre..." .

El pánico, entonces, se apoderó de mí. Grité por ayuda, pero nadie acudió a socorrerme (no fue sino hasta mucho tiempo después que comprendí que sólo imaginé gritar, pero que en realidad ningún sonido salió de mi boca. El miedo, aprendería, desestabiliza el raciocinio, desconecta el cerebro, pero no del todo la conciencia).

Esto si no sé cómo lo hice, pero de alguna manera conseguí quitármelo de encima. Logré ponerme de pie y entonces descubrí que era aún más bajo que yo: estaba encorvado y su aspecto era tenebrosamente senil.

Le pregunté quién era y me respondió que el *Miquiztli*¹.

No entendí lo que me quiso decir, pero el hacerlo hablar me ayudó a distraerlo. Lentamente, me fue haciendo para atrás; mi plan era salir corriendo de ahí en cuanto me diera una oportunidad.

—Soy el *Miquiztli* —pronunció en una voz aguda pero enronquecida— y tengo que comer.

Hizo por acercarse a mí de nuevo, pero me eché a correr. Abrí la puerta de un jalón y me aventé hacia el patio de la vecindad. Por un segundo pensé que me había atrapado, pero cuando volteé la cabeza, me di cuenta de que estaba de pie en el umbral de la puerta. Advertí entonces que el sol le molestaba.

Me puse de pie y le dije que iba a ir por mi madre. Me gruñó y luego cerró la puerta de golpe.

Corré a mi casa. Mi padre estaba por salir para ir a su trabajo. Me vio sudoroso, pálido, a punto de llorar.

—¿Qué te pasó? —Me preguntó.

¹Muerte en Náhuatl.

—Vi algo horrible en el 133, la casa de Pablo y Verónica.

—¿Qué hacías ahí?, ¿qué viste?

—Un hombre pequeño, muy feo.

—¿Qué dices? Deja de estar inventando y vete a bañar que se te va a hacer tarde —dijo irritado y luego salió de prisa.

Acudí en busca de mi madre, que ahora se encontraba bañándose. Esperé afuera del baño y en cuánto salió le dije todo, sin reparos.

Sorpresivamente, me creyó (tiempo después recordé que ella siempre pensó que Pablo y Verónica eran “raros”). Se vistió rápido y me dijo que fuéramos por el padre Matías y luego a la policía.

Gracias a la venia del padre Matías, logramos que la policía accediera a mandar dos oficiales a revisar el lugar. Desafortunadamente, no pudieron hacer mucho hasta varias horas después, cuando Pablo y Verónica regresaron de trabajar.

En la entrada los interceptaron y, a base de tácticas de amedrentación, que tal vez no eran tan legales como efectivas, les obligaron a mostrarles el interior de su vivienda. Cuando los dos se percataron que la casa estaba en desorden, intentaron ampararse alegando que el allanamiento de morada iba contra la ley; sin embargo, cuando la mirada de Pablo advirtió que el ropero estaba sin candado se olvidó de los reclamos y corrió hacia éste. Verónica hizo lo mismo.

Desde el interior del armario se percibía un sonido tenue, como el de un ratón rumiando. Los hermanos se percataron de esto y rápidamente se pusieron de espaldas contra el ropero.

—Está ahí adentro —dije débilmente.

—Es mi padre —dijo Pablo—. Por favor, déjenlo en paz.

—Está muy viejo y enfermo —agregó Verónica.

—Háganse a un lado —dijo uno de los oficiales, pero ni Pablo ni Verónica se movieron.

—¿No escucharon? —dijo el otro oficial, sacando su pistola.

Mi madre se asustó al ver el arma, puso su brazo frente a mí y me echó para atrás.

De pronto, el ropero se abrió de par en par, golpeando a Pablo y Verónica. Los policías suspiraron de miedo, mi madre ahogó un grito y se llevó las manos a la boca, mientras que el padre extendía su brazo: en su mano derecha sostenía con fuerza un crucifijo.

Ahí estaba el hombrecillo frente a nosotros. Ahora que lo veía otra vez, con la seguridad que la protección de todos me brindaba, lo

observé mejor y su aspecto me pareció incluso más terrorífico. Gruñía y amagaba con rasguñarnos utilizando sus largas y asquerosas uñas, pero ahora su respiración se entrecortaba, resollaba como si se estuviera quedando sin aire.

Los policías se movieron para aprehenderlo, pero Pablo y Verónica se pararon delante de él para protegerlo. Verónica hizo un súbito movimiento y de su espalda sacó una pistola, Pablo hizo lo mismo.

Ahora los dos apuntaban sus armas a los oficiales y éstos a ellos.

Entretanto, el padre rezaba y mi madre me cubría con su cuerpo.

—No queremos hacerle daño a nadie —empezó a decir Pablo—. Sólo váyanse y déjennos tranquilos.

—Si nos dejan en paz, nos iremos de aquí —añadió Verónica.

—Déjenlos que se vayan —dijo mi madre a los oficiales.

Los policías, sin embargo, no cedían un centímetro; tampoco Pablo y Verónica. Había miedo disfrazado de coraje en los ojos de todos, parecía que el vencedor sería el que más aplomo tuviera, pero por las miradas malignas e inalterables de Pablo y Verónica, supuse que éstos terminarían saliéndose con la suya.

De pronto el hombre empezó a toser. Primero levemente, pero enseguida empezó a convulsionarse hasta doblarse de dolor. Pablo y Verónica automáticamente quisieron auxiliarlo y entonces la policía se abalanzó sobre ellos. Con pericia, uno despojó a Verónica de su arma, mientras el otro forcejeaba con Pablo...

Una sonora detonación pareció detener el tiempo y, por una fracción de segundo, todos nos volteamos a ver desconcertados: ¿quién fue?, ¿a quién le dieron?

Mi madre me palpó el cuerpo desesperadamente para asegurarse de que no estuviera herido.

—Estoy bien —le dije—. ¿Tú?

—También. ¿Padre?

—Estoy bien.

Entonces Verónica dejó escapar un doloroso alarido. Su padre estaba herido. Una bala proveniente de la pistola de Pablo le había dado en el estómago. En los brazos de ambos hijos, el cuerpo, lánguido y encogido del hombrecillo, parecía aún más pequeño y grotesco.

Los oficiales amagaron con proseguir con el arresto, pero el padre Matías los detuvo; era evidente que el hombre estaba muriendo.

Los oficiales se contuvieron, se dijeron algo entre ellos, y luego uno salió de prisa de la casa.

Al poco rato llegaron más policías, y Pablo y Verónica finalmente fueron arrestados. Al hombre se lo llevó una ambulancia, pero antes de llegar al hospital fue declarado muerto.

Esa, Marta, sería la cuarta y última muerte dentro de esa vecindad, que hace no mucho tiempo fue demolida. En su lugar, hay ahora un supermercado.

Durante los siguientes meses, se podría decir que vivimos en paz, pero un tanto insatisfechos con la falta de respuestas por parte de las autoridades. Cuando había pasado ya un año desde el incidente, el padre Matías apareció un día en nuestra casa.

A través de sus palabras, nos enteramos de todo lo que había detrás de la aparición y muerte de ese extraño hombre.

Antes de relatarnos la escabrosa historia, el padre hizo una oración y pidió que lo que a continuación iba a decirnos, no se lo podríamos contar nunca a nadie más, pues no veía propósito alguno en seguir “esparciendo el mal”.

Quisiera abrir un paréntesis aquí, Marta, para disculparme con el padre, Q.E.P.D, por romper la promesa que le hice, pero he llegado a una encrucijada en mi vida y creo que es justo y necesario soltar por fin esta carga aquí y ahora.

Lo que nos contó el padre Matías aquel día cambiaría mi vida para siempre.

Pablo y Verónica eran en realidad cabecillas del culto satánico más extremo y longevo del país, *Ecce Homo Realis*, y el pequeño y horripilante hombre sí era, en realidad, su padre y se calcula que tenía aproximadamente 140 años cuando yo lo conocí. Era un brujo, procedente de la provincia de Catemaco, Veracruz, quien presuntamente había logrado alcanzar esa edad mediante la incorporación del espíritu de todas las personas a las que había matado.

Se descubrió, asimismo, que la forma en la que operaban estos tres individuos era que después de matar repetidamente en cierto lugar, al poco rato se mudaban a otro. Pasando así, menos de un año en cada sitio. Estos lugares se caracterizaban por tener gente muy enferma, lo cual creaba la perfecta distracción, pues siempre se acababa por deter-

minar que dichas personas habían muerto por enfermedades o causas naturales, como la edad avanzada.

Lo más escalofriante de todo era la manera en la que el viejo brujo se apoderaba de la poca vida que a los otros les quedaba. De esto se decía que, a través de la imitación de voces familiares, el brujo atraía a sus víctimas y, una vez que éstas se acercaban, las miraba directamente a los ojos y pronunciaba un malévolos encantamiento que les causaba desequilibrio, desorientación y, típicamente, la muerte. De esta manera, cuando el espíritu, aún desorientado, abandonaba abruptamente el cuerpo, el brujo lo atrapaba y absorbía, alargando de esta forma su vida.

Todo esto, por inverosímil que parezca, Marta, nos recalcó el padre Matías, estaba plasmado en letra en un viejo libro que las autoridades confiscaron y que le mostraron a él con la intención de confirmar su veracidad. El libro se llamaba *La Inmortalidad de la Muerte* y contenía una extensa lista de conjuros, hechizos y rituales satánicos de origen totalmente desconocido. En esto hizo, recuerdo bien, especial hincapié el padre Matías, ya que le pidió a mi madre que se asegurara de que yo, su hijo, nunca tuviese nada que ver con las prácticas de un libro como ese.

Mi madre le juró que mientras le quedara vida, nunca permitiría que yo me acercara a una cosa tan perversa como esa.

Lo más probable, Marta, mi Martita, es que hasta aquí aún no entiendas mucho, o tal vez nada, de lo que esto tiene que ver con mi desaparición, por lo que, en lo sucesivo, seré totalmente claro y directo: hace más de 60 años que mi madre dejó este mundo (igualmente el padre Matías), y mi papá hace casi 80. Lo que quiere decir, si haces uso de la aritmética elemental, que yo, en realidad, estoy cerca de cumplir los 125 años y, si tu memoria sigue tan excelsa como siempre, déjame entonces hacerte esta pregunta: ¿recuerdas haberme visto enfermo alguna vez? Desde los 25 no he vuelto a saber lo que es estar enfermo, de hecho, continúo estando bastante lúcido y fuerte, tengo el mismo vigor que en mis 30 y la misma sapiencia que en mis 50.

Te preguntarás cómo es eso posible. Bueno, permíteme explicarte: tiempo después de toda esa historia que acabo de poner en papel, cuando cumplí los 18 años y me fui a estudiar al extranjero, muchos años antes de conocerte, Marta, empecé a relacionarme con cierta gente de inclinaciones poco ortodoxas, por así decirlo. Fue a través de estas personas que ese ejemplar tan excepcional del que hablaba el padre Matías —que, en este preciso instante, mientras escribo esto,

tengo frente a mí, tan bien preservado como en ese entonces—, llegó a mis manos.

La manera en cómo lo adquirí y por encima de quiénes tuve que pasar —quizás más penosamente de lo que hubiese querido— para llegar a él, es historia para otra ocasión, más específicamente para cuando congregue el valor suficiente para ser cien por ciento sincero contigo. Por ahora, espero que todo esto que te estoy diciendo satisfaga tu curiosidad y acabe con tu incertidumbre.

Agregaré, no obstante, que desde que obtuve el libro e hice uso de sus poderes por primera vez, jamás he vuelto a lastimar a nadie más. Asimismo, que quede claro que no soy ningún *Miquiztli*, como aquel viejo de visión constreñida y vulgar. El uso que yo le he dado, por el contrario, ha sido sólo para beneficio propio y de la justicia nada más. Por lo tanto, si esto llegase a salir a la luz, y fuese considerado merecedor de un apelativo, sugiero algo positivo, quizás algo relacionado con aquellos detectives de papel que tanto amaba de niño: ¿qué te parece algo así como “Renzo Bel, el *Poirot Mexicano*

Perdón si a ratos parezco indolente hacia ustedes en mi relato, sólo intento que esto no sea más doloroso para nadie.

Por último, debo pedirte una cosa más: NO ME BUSQUES. Ni tú, ni Rogelio, ni Valente, ni mucho menos Blanquita. Sé muy bien que al mandarte esto me estoy arriesgando a que se inicie una búsqueda implacable, pero por favor no lo hagan, por el bien de todos necesito alejarme. Temo que, si hubiésemos de encontrarnos otra vez, podría hacerles daño. Las quiero.

Sinceramente,
Renzo B.

Sesiones de sanación

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

Traductora y correctora de estilo

Cierro la puerta con la certeza de que no volveré más a la casa de mi hermano. Antes de abordar el coche que pedí por la aplicación, observo, por un breve instante, el sol de abril que se hinca con rapidez tras el horizonte en su despedida cotidiana. Los atardeceres de Aguascalientes son siempre majestuosos, pero esta vez los colores son puros borrones, como si la derrota que exuda mi cuerpo hubiera contaminado también los cielos justamente hoy.

Mientras me subo al coche, pienso que cambiar a mi hermano, regresarlo a como era antes, sería como querer que el sol se metiera por el este. Hubo un tiempo en que yo hubiera metido las manos al fuego por él, como luego dicen, pero el círculo de autocondescendencia y victimismo en el que ha decidido vivir los últimos años es insostenible, o por lo menos conmigo ha llegado a su punto de quiebre.

Ni los psicólogos pudieron ayudarlo, porque se presentó ante ellos como el hombre de la infancia dañada, y terminó convenciéndolos a todos de que los culpables de sus desgracias eran otros. Y sí, no digo que en mi familia fueran todos blancas palomas, pero él tampoco estaba exento de defectos; y llega un punto en donde, si no tomas las riendas de tu vida, te vuelves una marioneta de las circunstancias.

Un día, a mi papá se le metió la idea de que a su hijo lo tenían trabajado; estaba destinado al éxito, a cosas grandes, decía, pero nada le salía bien porque le habían hecho brujería. Además, mi hermano llevaba años en un estado de enfermedad persistente, en apariencia sin causa, y sabíamos de casos en que los doctores no habían logrado dar con un diagnóstico y la gente terminaba yéndose a curar con chamanes, brujos o ve tú a saber qué más.

Yo siempre tuve curiosidad por el mundo espiritual, sin embargo, aunque no negaba la existencia de fuerzas oscuras, no le daba crédito a que otros pudieran ejercer poder sobre tu vida. Me parecía una excusa, una salida fácil para justificar las voluntades quebradizas,

pero la desgracia infinita de mi hermano me hizo pensar en la posibilidad de que alguien tuviera su foto enterrada en el panteón, atada a uno de esos ídolos demoníacos.

Finalmente, acepté considerar su hipótesis una noche en que tuve un sueño muy extraño.

Mi hermano y mi papá estaban parados frente a un clóset sin puertas. En los compartimentos de arriba, donde estaban apiladas varias cobijas y una maleta, se asomaba una cola reptiliana, de escamas amarillas y verdes.

— ¡Ahí está! —Señalé, horrorizada.

Mi hermano tiró abruptamente de una de las esquinas de la maleta y una serpiente salió despavorida. Con un machete que sacaron de no sé dónde, le cortaron la cola. La criatura permaneció inmóvil por un rato y mi papá y mi hermano volvieron a verse aliviados. Yo comencé a sentir una desesperación que subía, como vapor, por todo mi cuerpo, una neblina tibia que me oprimió el pecho y me desenfocó la vista.

—Eso no es suficiente —quise gritarles de entre la bruma, pero ya no me veían—. ¡No está realmente muerta! ¿No lo ven?

Mi hermano y mi papá sonreían, mientras la serpiente, dibujando eses en el suelo, se arrastraba hasta esconderse por debajo de la cama.

Entonces desperté.

Dado que siempre intento encontrarles una interpretación a mis sueños, más allá de su aparente arbitrariedad, asocié el evento de la víbora con el hecho de que tal vez mi papá tenía razón y debíamos buscarle otra clase de ayuda a mi hermano. A fin de cuentas, pensé, el mundo energético es inaccesible a nuestros ojos, y quizás opera de maneras que no alcanzamos a comprender, en dimensiones donde la medicina occidental no tiene cabida ni injerencia.

Por experiencia propia no conocíamos a ningún chamán o curandero, pero la más católica de mis tíos tenía una sobrina política que trabajaba la magia blanca, y mis papás se convencieron de que no perdían nada con intentar. Mi hermano, que hablaba de nuestras creencias espirituales con un dejo de superioridad intelectual y las calificaba de “místico-mágico-religiosas”, accedió a ir porque le tenía cierto aprecio a mi tía, aunque su forma de mirarnos anunciaba un rechazo evidente.

El día de la cita yo no pude acompañarlos porque tenía trabajo, y desde que terminé la universidad me había mudado a un estado vecino, pero llamé a mamá antes de que salieran rumbo al consultorio —así lo llamaron ellos—, para deseársles suerte a los tres.

—No tengas desconfianza —me dijo mamá—, la señora estudió para sanar con energía, para abrir un canal entre el cielo y la tierra. Trabaja con los ángeles —me confesó visiblemente entusiasmada.

Intuía que el halo de esperanza en su rostro se debía a que en los últimos días mi hermano la había estado tratando con desprecio, y ella tenía la esperanza de que alguien pudiera liberarlo de la carga tan pesada de rencores, resentimientos y quejas en que se había convertido su vida.

Una parte de mí también deseaba eso, sobre todo porque mamá era, de todos, quien menos se merecía la indiferencia de mi hermano. Ella y papá habían salido del pueblo para cuidar de su hijo enfermo. Les preocupaba su extraña pérdida de peso y la fatiga que lo sumía en un letargo del que solo despertaba para cumplir con su trabajo. Decidieron mudarse a Aguascalientes para poder acompañarlo en el proceso de volver a hacerse estudios, un ritual que se repetía cada cierto tiempo porque mi hermano nunca estaba libre de dolores de cabeza, inflamaciones intestinales, alergias a cosas que antes no le provocaban una reacción y ataques de ansiedad nocturnos, además de los síntomas antes mencionados.

Como consecuencia de lo anterior, mi hermano se cargaba un humor de los mil demonios, y se iba siempre en contra de mi madre y toda su familia, porque según él, todas sus desgracias comenzaron el día que mi abuela lo corrió de su casa.

Había vivido con ella algunos años, pero eventualmente surgieron diferencias insalvables entre dos personas de generaciones tan distantes, y mi tío, que estaba celoso porque otro hombre le robaba los cuidados y las atenciones de su madre, le dijo que ya estaba grande como para estar viviendo con su abuela, y que habían puesto una casa a la renta en una colonia cercana. Mi hermano tomó eso como una declaración de desalojo, y rentó una casita tirada al abandono por los anteriores inquilinos, llena de cucarachas y ratones, en un fraccionamiento de interés social.

Al principio se sentía orgulloso de su independencia, de demostrarle a todos y a sí mismo que no necesitaba a nadie, pero la in-

festación de alimañas lo arrastró de nuevo a la enfermedad, y tuvo que mudarse a una casa donde su corazón acabó de endurecerse. Así, convertido en piedra, lo lanzaba a todos por igual.

Cuando mis papás tenían algunas semanas viviendo en Aguascalientes, el temor de perder a su hijo, ya fuera por la enfermedad o por las constantes amenazas de suicidio, comenzó a dibujar surcos en sus rostros. Cada vez que yo los visitaba, los encontraba más disminuidos, reducidos a pedazos de piel colgante. Las espaldas acongojadas, como si cargaran los dos todo el peso del mundo.

Mi hermano consultaba a tres doctores, y alrededor de las opiniones profesionales y el montón de estudios que no arrojaban nada claro o daban negativo a padecimientos gravísimos, construía sus propios diagnósticos, que terminaban siendo siempre enfermedades incurables. Entonces mis papás perdían el sueño y el apetito durante días, hasta que los resultados de otros análisis desarmaban sus preocupaciones.

Por eso, cuando fueron con la sanadora, aunque yo tenía mis reservas, también guardaba la ilusión de que mi hermano saliera de ahí convertido en alguien diferente, más feliz. Pero cuando uno hace responsables a otros de su felicidad o infelicidad, uno no es dueño de su propia vida, y algo dentro de mí me decía que, al final, los cantos de los ángeles no surtirían efecto; o por lo menos, no en él.

Por lo que me platicó mamá, la consulta duró alrededor de cuatro horas, y los tres salieron de ahí agotados y con los ojos hinchados de tanto llorar. A veces, cuando uno le platica sus penas más íntimas a un extraño, el llanto es inevitable. Me pasa con la psicóloga. La sanadora le pidió a mi hermano que fuera durante algunas semanas más, porque, de todos, era el espíritu más lastimado. Y necesitaba de varias sesiones para sanar por completo.

En este punto sería fácil sugerir que ella supo bien cómo engañar a la familia, para mantener al menos un cliente, una entrada de dinero constante y segura, con el argumento de que es imposible curar a todos de una sentada. Lo raro es que ella no quiso recibir de él ni un solo peso, lo cual me hizo pensar que por fin habíamos encontrado la luz al final del túnel, que estábamos frente a una verdadera sanadora o bruja blanca.

Poco me duró el gusto, porque luego de varias sesiones mi hermano decidió cortar de tajo toda relación con mi abuela y le retiró la palabra a mi madre. Eso sí, no quiso rechazar ni su comida ni su ayuda,

porque ella le seguía cocinando y le limpiaba el cuarto a su hijo moribundo sin obtener nada a cambio.

Hace una semana, le llamé a mamá para pedirle que parara, ya bastante grande estaba su hijo que pasaba el medio siglo y si él no quería nada de ella, lo justo era que ella también renunciara a ser su cocinera y empleada doméstica personal.

Pero mamá, abatida, me contestó que no podía hacerlo, porque mi hermano estaba cada vez más flaco.

—Y ya no se para de la cama —me dijo—. Tu papá y yo tenemos que arrastrarlo hasta el baño para asearlo. Se nos va a morir —agregó—, y nos vamos a ir nosotros atrás de él porque yo no voy a poder con esto. Tienes que venir, aunque sea para despedirte.

Luego de cortar la llamada, me dispuse a arreglar todo para viajar el fin de semana a Aguascalientes. Se me hacía increíble que mi hermano se hubiera desmejorado tan pronto, y me arrepentí de haberle dicho a mamá que dejara de solaparle sus berrinches. A fin de cuentas, era mi hermano, y dentro de él vivía ese niño con el que tantas veces jugué a los cochecitos y al que durante toda la infancia molesté, como buena hermana mayor.

Por primera vez, tuve miedo de perderlo. Él se la pasaba diciendo que quería morirse, pero nunca lo vi atentar de verdad contra su vida. Esto era diferente, algo que ninguno de nosotros podía controlar o cambiar. Mi hermano juraba y perjuraba que su destino estaba encaminado al fracaso, y que era una tortura para él hallarse despierto cada mañana, que la vida le dolía. ¿Terminaría todo, entonces, por ser verdad?

¿Que él era un condenado en este mundo?

Cuando por fin llegué a la casa, vi el auto destartalado de mis padres estacionado afuera. Toqué el timbre con un dedo sudoroso. El calor emanaba del pavimento y se me subía a la cabeza. En Aguascalientes hace un calor que asfixia, incluso a esas horas. Debían ser las seis de la tarde.

Mamá me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa apagada, que me ofreció más por cortesía que porque le diera gusto verme. Yo lo entendí: la vida se le estaba yendo de las manos. Dejé las pocas cosas que traía en la sala y subí al segundo piso, que era donde se encontraba el cuarto de mi hermano. La puerta estaba entreabierta y, a señas, le indiqué a mamá que ella pasara primero, para que anunciara mi visita.

Cuando entré, papá estaba de espaldas, y movía delicadamente una cuchara hacia la boca de mi hermano. Yo avancé un poco más, para buscarles la mirada a ambos, y lo que vi me arrancó las palabras, podría decir que incluso la capacidad misma del habla se me esfumó del cerebro.

Iba preparada para despedirme de un enfermo, pero lo que vi en aquella cama redujo a nada todo lo que alguna vez había creído sobre mi familia y sobre la vida. Mi hermano era apenas un borrón de lo que había sido en sus mejores años, pero no estaba muriendo, y creo que eso mis papás nunca llegaron a comprenderlo.

Su silueta era tan delgada que, al final del cuerpo, ya no se le podían distinguir los dedos, como si todo se mezclara en una tira de masa carnosa que terminaba en punta. Sus brazos eran más pequeños de lo que los recordaba, y pude notar que poco le servían ya para valerse por sí mismo. Tal vez por eso papá había decidido que era mejor darle de comer en la boca.

Cuando por fin logré mirarlo a los ojos, creo que él pudo intuir que, a diferencia de mis padres, yo no sentí compasión por él. No sé si alcanzó a reconocer en mí, todavía, a la hermana fastidiosa con la que creció, porque sus ojos estaban diferentes, desenfocados, y sus pupilas eran apenas dos rayones verticales de tinta negra. Tampoco sé si tenía conciencia de que aquellas dos personas a su merced eran sus padres, porque cualquiera que hubiera visto esa escena pensaría en ellos más como sus sirvientes o empleados.

Entonces, reparé en la firmeza de su cuerpo alargado, que no mostraba la flacidez de la piel enferma, y pude notar en ella pequeñas formas romboides de un verdoso casi imperceptible. Cuando papá encaminó otra vez la cuchara hacia aquella boca que ya no emitía ningún sonido, alcancé a ver la lengua bifurcada.

Salí del cuarto sin despedirme de mi hermano, convencida de que él no moriría y que yo debía aprender a interpretar mejor mis sueños.



astral acústico

Aldo Vicencio

Poeta y ensayista

carta magna
entre las picas
en un porvenir de lirios

un comedor abierto
entre zarzas y fresnos;
estambre recogido,
sustento,
energía y punto abierto

los puentes descubiertos
entre la resurrección y la vaguedad
son un paso
sobre la arenisca de Zaachila

todo el brillo negro
bajo el reverso de los apuntes

banca-dorso-estrépito
velo y punta,
como péndulo

las preguntas no son el camino
sino posibilidad

aguafuerte, raíz de angelismos
el ceño fruncido del lunático
[más ángel que fiera,
y más fiera que humano]

baraja, la primera palabra del hombre:

prodigo

y ante todo la razón de un símbolo
que invita a la incertidumbre
(porque el vacío es eternidad,
porque este cuerpo tan cuerpo
no respira, sino pare)

el ojo en la máscara//

faro de tiniebla,
sauces y álamos
| los cubiles de Saturno |

[la tierra primera sobre los muertos,
las estrellas ardientes en una rosa marchita]

nigredo,

al amparo del trigal ardiendo
el significado de mi propio nombre:

m e l a n c o l í a

(conjuro envuelto en lavanda)

tiempo devorado y devorador
tal cual, sumisión a la incertidumbre
en el lecho de musgo de mi propia carne tajada
y mi espíritu fulgiendo

la cruz y vara de comando
dejan de ser dominio,
se transforman en una hermética letra
para decir punto, para decir raya
(una colina en el solsticio despierta)

arcano y cardinalidad:

mi silueta
es la columna rota del infinito...

CALLA Y OBEDIENCE

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

—¿Qué más necesitamos?

“Semillas de ajenjo”.

—¿Para qué queremos semillas de ajenjo?

“Calla y obedece”.

—Bueno, ya está, no tienes que ser tan borde.

Tomé las semillas y las acerqué a mi nariz. Esa no era la orden, pero mis sentidos también tenían un papel esencial en mi toma de decisiones, no solo esa voz en mi cabeza.

“Somos más que una voz. Somos todo”.

Resoplé y pagué por las semillas. Nuestra vida no siempre había sido así.

Siempre sentí cierta intriga por lo oculto, aunque también había comenzado como un juego.

—Román y yo peleamos de nuevo —dijo mi amiga esa tarde, mientras hacíamos tarea tiradas sobre la alfombra oriental de mi habitación.

—Típico de géminis —bromeé.

—Habla en serio. Descubrí que intercambiaba mensajes con otra chica y, aún así, lo negó cuando lo cuestioné. Ya me estoy cansando de esto.

—Déjalo —mi respuesta habitual.

—Eso ni siquiera es una opción.

Como destinado a ser, un recuerdo muy preciso acudió a mi mente:

—*Esto que miraste aquí es el hechizo del sueño negro. Este hechizo sirve básicamente para que una persona necesite estar a tu lado...* —dijo el chico del video.

—Esas son puras supersticiones, yo no creo en eso.

—Bueno, pues nada perderás con intentarlo. Si de por sí ya todo se está yendo a la verga, pues hazlo —respondí.

Suspirando, sacó una hoja de papel negro y, haciendo el hechizo al pie de la letra tal como lo mostraba en el video, intentando siempre estar enfocada en el objetivo, mi amiga completó el ritual.

—Me buscará con rosas, pedirá perdón y seré la única para él.

Frotaba el papel entre sus dedos, escribía el conjuro completo en tinta roja, junto al nombre y fecha de nacimiento del mentado Rómán, para quemarlo a la media noche del día siguiente.

La sorpresa se la llevó ella, cuando lo manifestado había ocurrido.

Claro que iba a ocurrir. Si acudes a la hechicería, ella te responde.

Bueno, nunca había experimentado con hacer este tipo de hechicería, y antes de que mi amiga hiciera el hechizo del sueño negro, yo tampoco creía tanto. Entonces la curiosidad, como una enredadera, se coló en mi mente.

Empecé con hechizos pequeños: manifestaciones para el dinero, runas para que la gente me encontrara más atractiva, que las personas que habían sido malas conmigo pidieran perdón, etcétera; cuando dichos hechizos se cumplieron, mi hambre por saber más también creció.

Vamos, que mi única fuente de información al respecto era el internet, así que me compré cartas del tarot en línea y aprendí a usarlas. Creía que era buena, hasta que...

—Lo estás haciendo mal —me informó un chico callado, con quien nunca había hablado antes.

—¿Qué?

—¿Quién te enseñó a leer el tarot así? Lo estás haciendo mal.

Me quitó las cartas y encendió el incienso, pasando el humo alrededor del mazo. Con manos expertas, sacó cinco cartas que colocó volteadas frente a mí.

Una a una, las interpretó haciéndome sentir tan confundida por la especificidad de sus palabras. ¿Cómo sabía aspectos tan privados que yo misma había decidido ignorar?

—Ve al mercado de hierbas y busca a doña Carmela. Y no olvides llevar las cartas —dijo antes de irse.

—¿Quién era él? ¿Quién se supone que era esa tal doña Carmela?

“No es un ‘él’. Somos todos”.

La curiosidad aumentaba. No me dejaba dormir. Tenía que saberlo. Así terminé en lo más recóndito del mercado de hierbas. Nunca había estado en un lugar similar, con animales disecados colgando de hilazas amarradas al techo y mil tipos de hierbas diferentes en la mesa, cada una desprendiendo aromas que resultaban embriagadores y nauseabundos a la vez.

La mujer me vio. Extendí las manos ante ella y, sin tocarme, me arrastró hacia un cuchitril escondido detrás del mostrador. Ahí comenzó todo.

“Necesitamos también hojas de cedro secas y un poco más de acónito”.

—¿Acónito? No pelearemos con licántropos.

“Calla y obedece”.

Resignada, pagué por lo que me pedía. Ya no parecía que yo tuviese el control. Dudaba si alguna vez lo tuve.

Con doña Carmela aprendí la manera correcta de leer las cartas y los hechizos que ella sabía, que en su mayoría eran endulzamientos de parejas; pasaron a ser de mi conocimiento. Pero no todo se centraba en el amor.

—¿Y para hacer daño?

Doña Carmela me miró con intriga.

—¿Por qué querrías usar la magia para hacer daño?

—¿Y por qué no?

Esa fue la última vez que fui bienvenida en la tienda de doña Carmela.

Esa vieja ni siquiera sabía cosas útiles. ¿Endulzamientos? Bah.

Sí, sí. Así terminamos buscando a doña Clara, que de “clara” sólo tenía el nombre.

Doña Clara había emigrado de Venezuela. Era viuda, y hacía como quince años que no veía a ninguno de sus hijos. Dizque habían terminado metidos en el narco.

—Ellos están bien. Desde acá los protejo.

Ella, a diferencia de doña Carmela, no dudó en enseñarme maleficios, así como hechizos protectores.

—Vivimos rodeados de energía en todas sus formas, solo se trata de manipularla a nuestro antojo.

Al principio lo hicimos por diversión. Romper con ciertas parejas que no nos agradaban. Distraer parcialmente al conductor del autobús en el que iban los muchachos que nos molestaron cuando supieron que leíamos las cartas, quizá una que otra enfermedad venérea a esas insopportables niñas, cositas. Pero pronto entendimos que podíamos hacer más que eso, que eran niñerías gastar nuestro tiempo y energía en todos esos inmaduros niñatos.

“Lleva también la cola de un zorrillo”.

—¿Para qué queremos la cola de un zorillo? Va a apestarme el cuarto.

“*Calla y obedece*”.

—A veces no te tolero ni un poco.

“*No soy yo. Somos todos*”.

—Sí, sí.

Pronto, doña Clara también se cansó de ayudarme, porque dizque mi mente iba más allá de lo que ella sabía. Quién sabe qué de lo que vio en mí la asustó.

Pero bueno, lo que me enseñó ya era suficiente. ¿Necesitaba hacer daño realmente? ¿O era sólo una fase de descubrimiento?

—¿Y ahora qué hago con esto?

“*Ponlo todo en el piso y enciende las velas*”.

—¿Qué haremos?

“*Calla y obedece*”.

—¿Por qué eres tan mandona?

“*No soy yo. Somos todos*”.

Siempre cansada de obedecer a la voz, lo hice. A veces parecía saber más de lo que yo sabía. En fin. Saqué también el cuchillo e hice una pequeña incisión en mis palmas, apretando fuertemente las velas. La sangre goteaba, manchando la alfombra vieja, pero qué importaba. Las palabras fluían entre mis labios, en un idioma que ni siquiera recordaba haber aprendido a voluntad. Las llamas crecían y el aroma de cada hierba impregnaba mis sentidos. Y como si me hubieran cosquilleado la parte posterior de la cabeza, comencé a experimentar un mareo extraño.

Algo no iba bien. Quise detenerme, pero mis extremidades no obedecían las órdenes de mi mente... ¿Mi mente?

“*Nuestra mente*”.

—¿No que “somos todos”?

Entonces perdí el conocimiento.

Y con los ojos en blanco, presencié mi propia condena al escuchar la voz tan conocida salir de los labios que antes eran míos.

—*No, soy yo.*



EL ROSARIO a cieGAs

Max Pache

Lic. en Informática y Tecnologías Computacionales UAA, 2º semestre

Reza el rosario a ciegas.

Marte le quitó los ojos desde Febrero;
Venus viene y lo denigra hasta noviembre.
Sin descendencia, ni quien herede
su tierra estéril.
Crece el rojo sobre su mutilación
se mezcla con la niebla.

Reza un rosario en ignorancia.

Frota su palma contra sus entrañas
sin buscar nada. Sé así, que él es de fiar.
Capón honesto, capón leal;
casi una mula; sin extrañar su vulgaridad.
La cicatriz se cierra; la vista duele;
me pide el permiso divino; exilio.

Llora por la sal atrapada en la brisa,
se mezcla con ácaros infinitos.
Las palabras sagradas que rezó en vida
eran imprecisas.

La mula se ha quedado ciega.

"Hechizos Simples"



NO OLVIDES PONERLE SU OJO DE VENADO, TAMPoco VAYAS A CRUZAR EL ARROYO CON LA NENA DORMIDA, DESPIÉRTALA, LE PONES UN HILO ROJO ENROLLADO EN LA FRENTA SI LE DA HIPO, NO LE CORTES LAS UÑAS PORQUE DESPUÉS NO VA A PODER HABLAR...



EL CHAMÁN SIEMPRE TOCA DOS VECES

Guillermo González Lara (Laremo)

Ing en Computación Inteligente UAA, 8º semestre

Los lánguidos rayos solares se reflejaban en la fina brisa matutina. Con delicadeza, el calor desprendía la humedad de la llovizna nocturna y la deslumbrante vegetación parecía respirar medida por el viento, susurrando con suavidad. Una niña se entretenía fastidiando a un par de insectos con un palo cuando percibió a dos figuras que se acercaban detrás suyo, se giró y reconoció en un instante a su padre.

—Mili, ve con tu ma. Voy a llevar al señor mago a donde vive el diablo.

—Sí, padre —respondió la niña, mirando de reojo a la figura detrás de su padre—. Con permiso.

La silueta asintió en silencio y la niña, siguiendo los consejos de sus padres, evitó mirarle directamente. Con la vista fija en el suelo entró a la casucha de madera y lámina.

—Suena diferente a la gente de por aquí —dijo la figura en cuanto la niña había entrado.

—Es así. En estos lados escuelas no hay, maestros tampoco. Entendemos lo que podemos. Sabemos sembrar, talar, cosechar —respondió el padre de la niña—, pero mi Mili, una maestra tuvo. Apenas una chiquilla era y ya parloteaba y conjugaba, y cosas bien raras decía.

—¿Qué pasó con la maestra?

—Sabrá Envo, una mañana mi niña despertó y fue a donde la maestra tenía su choza, pero nada, se había ido.

Avanzaron por entre varias casuchas poco diferentes entre sí, derruidas por el implacable paso del tiempo. Atravesaron un pequeño mercado y algunos campos de trigo. En los límites del pueblo, el chamán observó una estatua posada sobre un altar rudimentario; no hizo falta que preguntara, pues el campesino notó su inquietud y le explicó:

—Mi abuelo nos contaba sobre Envo, el dios que salvó esta tierra, al que debíamos rezar si queríamos que todo estuviera bien. Él nos traía lluvias y cosechas abundantes, nada nos faltaba, hasta los ani-

males para cazar empezaban a abundar. Pero en los últimos años, ¿qué digo años?, ¡décadas!, las cosechas se nos han marchitado; los niños se enferman de cosas muy graves, poco pueden hacer nuestras curanderas; no he visto ya aves ni liebres, y los peces nacen con podredumbre dentro. Le digo, le digo que el diablo nos está maldiciendo.

—¿Ha visto usted al diablo? —Preguntó el chamán, con un tinte de curiosidad en la voz que no logró enmascarar a tiempo.

—No, mi niña lo ha visto. Es una criatura larga y grande, con cuernos en el cuerpo y una cola de aguja, así me lo describió.

—He de añadir esa descripción a las muchas que he escuchado para “diablo”.

—Ya casi llegamos, el cementerio está acá abajo. Sígame, con cuidado que este camino es traicionero.

El campesino bajó con agilidad un escabroso camino que, a juzgar por la erosión en las rocas, en el pasado debió ser un arroyo o riachuelo. Conforme se acercaban al cementerio, el chamán pudo notar cómo la tierra perdía su consistencia, parecía caminar sobre huesos amontonados que crujían debajo de sus zapatos. El viento se agitó, siseaba entre las ramas secas de lo que alguna vez fueron arbustos; el chamán escuchó y comprendió que era una advertencia. Siguió avanzando unos metros, pero se detuvo al recordar que no estaba solo. Se quitó el abrigo y lo colgó en una rama. Rebuscó dentro de una pequeña mochila que llevaba colgada al hombro y tomó un cuaderno pequeño con símbolos que el campesino no se esforzaría en comprender.

—A partir de aquí iré yo solo, si no le importa, señor... —Había olvidado su nombre.

—Claro, clarísimo —dijo el campesino, dejando salir un suspiro de alivio al saber que podía irse—, ande con cuidado, señor don brujo. Quisiera quedarme y ayudarle a usted, pero...

—Está bien, señor Julián —recordó—. Me encargaré desde aquí.

—Miles gracias, don brujo.

—Hm... No soy brujo ni mago, soy un chamán. Nos dedicamos a cosas distintas.

—Disculpar, de aquellas cosas mucho no sé, señor bru... —se corrigió rápidamente—, señor chamán.

—Está bien, don Julián, vaya a casa. Deje mi pago frente a la puerta. Cuando haya terminado, iré allí y tocaré dos veces. No abra. ¿Entendió?

—Todito, señor chamán —respondió—. En nombre de Envo: miles gracias, miles fortunas.

—Gracias, don Julián —dijo el chamán, mientras dibujaba runas y símbolos en el aire frente a él.

Don Julián se retiró a paso veloz, repitiendo en su cabeza las palabras del chamán: “dejar el pago en la puerta, tocará la puerta dos veces, no abrir”. Unos minutos más tarde sintió cómo el viento se detuvo un instante y el suelo pulsaba rítmicamente, como si un gigantesco corazón palpitara por debajo. El campesino empezó a correr tan rápido como pudo, un horror instintivo y primitivo lo impulsaba en la huida.

El viento emitió un zumbido. En un instante los símbolos y runas suspendidas en el aire destellaron, latieron y se contrajeron; el suelo se dobló y frente al chamán la realidad se rasgó como si hubiese cortado un trozo de tela. El chamán atravesó la rasgadura, la energía del espacio espiritual se sentía como sumergirse en un pantano espeso y tibio, aunque no limitaba sus movimientos; era una sensación conocida para él. Sus ojos no tardaron mucho en acostumbrarse a la escasa luz que alcanzaba el plano espiritual; se dio cuenta de que había entrado al equivalente de una cueva pequeña en el mundo terrenal, susurró unas cuantas palabras y, de inmediato, se materializó una esfera de luz azulada, líquida y metálica, permitiéndole observar con claridad el interior de la cueva y a la criatura que le observaba con recelo.

—Impresionante —dijo una voz hueca proveniente de ninguna parte y de todas a la vez; “*telepatía*”, concluyó—, hace mucho tiempo que ningún ejemplar humano entraba aquí con éxito.

—Admito que es acogedor, entiendo por qué te agrada tanto —respondió el chamán mirando alrededor con genuino interés.

—Bueno, ¿qué quieres? —preguntó la criatura— ¿Has venido en busca de poder?, ¿riqueza?, ¿maleficios?

—Has estado afectando negativamente a tu entorno, tus acciones han incomodado a las personas que viven aquí. Están asustadas, desesperadas, y me han llamado para solucionar las anomalías.

—¡Anomalías! —exclamó la criatura— Pero ¿qué te crees que eres? —Levantó su alargado cuerpo, que hasta entonces reposaba perezosamente en el suelo húmedo de la cueva.

—Soy un chamán —respondió con voz suave y calmada—. Entre los tuyos se me conoce como...

—¡Silencio! —le interrumpió—. Has venido hasta aquí, te has metido a la fuerza en mi hogar, me insultas a mí y a los de mi especie, me llamas anomalía, pero aquí la anomalía eres tú. Eres tú el invasor. Así que tendré que solucionar esa anomalía, ¿qué te parece?

—Me parece que estamos yendo en círculos. Tengo una propuesta que podría interesarte, una en la que ambos podemos resultar beneficiados —el chamán hizo una pausa esperando una reacción. No la hubo, así que continuó:

—Escucha, los de...

No terminó, la criatura lanzó un terrible golpe con su cola y un afilado aguijón, de al menos medio metro de largo, atravesó al chamán en un instante; lo elevó en el aire y lo golpeó contra el suelo. Se escuchó un crujido, el suelo se agrietó, la consistencia líquida del espacio espiritual se removió como lodo invisible mientras la criatura se preparaba para atacar de nuevo. Se detuvo, algo no estaba bien. Miró al chamán destrozado en el suelo.

“Sangre..., los humanos sangran, éste no ha dejado ni un rastro”, pensó.

—Sangre... —dijo una voz detrás de la criatura—, tienes razón... la próxima vez no pasará por alto un detalle tan obvio...

La criatura se dio la vuelta, alerta, mirando alrededor y con la cola tensa, preparada para atacar. Un ligero destello debajo de su tórax hizo que se removiera como una serpiente, ágil y ligera, la criatura rodeó un círculo con múltiples símbolos en su interior.

—¿Crees que me detendrá un simple sello? —bramó con altivez.

—Sería inútil sellarte —respondió la voz—. Sin embargo, dejarte ir sería problemático, has causado demasiados problemas.

—Mira eso, tenemos un héroe —dijo el demonio.

—“Profesional” es el término correcto.

—¿Y qué? Solo debo hallarte, tirar del hilo telepático que has creado y matarte. Será fácil, los humanos son frágiles.

—Frágiles... —el chamán suspiró—, te mostraré algo interesante —dijo con soberbia.

El chamán chasqueó los dedos, el sello destelló solo un instante y una descarga eléctrica atravesó el alargado cuerpo del demonio. La criatura se retorció, bramó y chilló. Se arrastró entre los espasmos de su cuerpo y se pegó a la pared de la cueva.

—Como puedes ver —continuó el chamán—, voy por delante

de ti, pues yo no necesito encontrarte. Tu vida... no... tu existencia, se encuentra aquí, en la punta de mis dedos... —El chamán rompió la ilusión, se reveló frente al demonio, con la mano tensa, preparado para chasquear otra vez.

—Si es tan fácil, ¿por qué no lo has hecho? —Inquirió la criatura—. Si lo que dices es verdad, podrías haberme eliminado sin más.

—Podría, pero sería un desperdicio, existen usos más productivos para un demonio —respondió el chamán fijando su mirada en los ojos de la criatura.

El demonio se tensó de nuevo. Se preparó. El chamán tensó la mano. La criatura bufó.

—Sabes... curiosamente —dijo el chamán, con una sonrisa en el rostro—, se me ocurren todavía más usos para darle a un dios. ¿Qué te parece, Envo?

Si los dioses respiraran, la respiración de Envo se habría detenido en seco. Se retrajo, cambió su forma despacio, asimilando lo que acababa de suceder mientras se entornaba en una figura humanoide, más cercana a lo que la estatuilla en el altar reflejaba. Con recelo, pero con mucha curiosidad, preguntó:

—¿Qué eres?

—Chamán, te lo dije —le respondió, con menos tensión en el cuerpo, pero aún alerta.

—¿Qué es lo que quieras?

—Hablar —el chamán se encogió de hombros, relajó los dedos y continuó—. ¿Qué es lo que lleva a un dios a maltratar a su gente?

—Simple: estoy cansado de ellos —el dios se fabricó un asiento, extruyendo una porción del suelo; hizo uno también para el chamán y lo invitó a sentarse—. Les di todo: tierras fértiles, lagos cristalinos, animales que les hicieran compañía, prosperidad... ¿y qué hicieron? Derramaron estiércol en mis lagos, desgastaron los suelos envenenándolos con su ambición, se alejaron del camino que les mostré y decidieron injuriar contra mi nombre. Dejaron de buscar a un dios para culpar a un demonio, sin darse cuenta de que ellos son su propio demonio.

—Crees entonces que son una causa perdida?

—No, pero no estoy dispuesto a seguir ayudando. Durante generaciones han repetido los mismos errores, mi presencia aquí ha sido lentamente menos relevante, para bien y para mal.

—Entonces ven conmigo, comparte tu poder y tu conocimiento, y llevemos equilibrio al mundo.

—¿Qué crees tú que será de estas personas? —Inquirió el dios, dejando ver un atisbo de interés.

—Tú lo has dicho, han cometido los mismos errores una y otra vez y, aún así, siguen ahí —miró al dios, intentando leer algo en su postura—. Quizás los estás subestimando.

—Quizás... sea momento de soltarles la mano. He estado aquí mucho tiempo, aburrido, sin mucho por hacer. Será interesante averiguar de lo que las personas son capaces.

—Es un acuerdo entonces —el chamán extendió su mano, con marcas rúnicas en la palma y el dorso.

Envo extendió una de sus extremidades estrechando la mano del chamán y, en un instante, dejaron de ser individuos, se fusionaron con el todo del universo, observaron cómo la realidad se deformaba hasta ser indistinguible, hasta ser parte de ellos y elevarlos más allá de lo que sus propias imaginaciones podrían comprender; los devolvió violentamente como golpeados por un látigo, desorientados, sin la mínima idea de lo que sus mentes acababan de experimentar.

Unos instantes después, cuando pudieron incorporarse, salieron de la cueva y avanzaron, por instinto, hacia el pueblo. Una vaga sensación, como un susurro mental, les instaba a acercarse a una casucha destalada, recoger una especie de saco de tela y golpear la puerta dos veces. Dentro, un padre aterrado por el temor de la tierra y los alaridos del viento huracanado aferraba a su hija entre sus brazos, jurándole que todo estaría bien, y rezaba con toda la fe que su espíritu podía albergar, a un dios que ya no lo escuchaba.



REMEDIO PARA LA TOS

Frida Joel Rangel Esparza

Lic. en Artes Cinematográficas y Audiovisuales UAA, 2º semestre

El jarabe es un extracto acuoso que se conserva gracias a un endulzante, comúnmente miel o azúcar integral.

Los labios de la bruja eran tan dulces como la miel,
tan suaves como una nube.

Ingredientes:

1/4 de taza de agua
1/4 de taza de miel de abeja
2 hojas de romero
2 hojas de menta
2 flores de lavanda
1 trozo pequeño de jengibre

PIROCROMO
38
#33 ESOTERISMO

El día que la conocí, cada palabra que salía de mi boca era acompañada por la tos. Me llevó a su casa, llena de flores y con un característico olor a canela. Me preparó un remedio.

En una olla a fuego lento agrega 1/4 de taza de agua, junto a 1/4 de taza de miel.

Aún veo sus ojos en todos lados,
su característico color azul en los párpados,
las patas de araña que me hipnotizaban.

Debes revisar que ambas partes sean iguales y revolver muy bien el agua con la miel, pues, de lo contrario no quedará la consistencia deseada.

Aún veo su cabello en las olas del mar,
tan libre, como ella.

Libertad, cosa a la que yo solo podía aspirar,
un rehén, una esclava de su alma solía ser.

Una vez homogénea la mezcla, añade las hierbas: romero, lavanda, menta y jengibre. Y vuelves a revolver. Recuerda que debes hacerlo muy bien, sólo por si acaso se te fuera a olvidar.

Sus manos, tan largas y elegantes,
mismas con las que solía acariciarme,
tomarme de la cintura y besarme,
mismas con las que mis dedos solían bailar,
las que la flor solo podía desear.

Dejas hervir durante 20 minutos. Posteriormente tendrás que colar las hierbas.

Sus labios eran lo peor.

Los labios de la bruja eran tan dulces como la miel,
tan suaves como una nube.

Dulce sabor que aún no sale de mi boca,
un infierno,
un recuerdo,
una maldita bruja que me ponía a hablar durante horas y horas.

Y yo siendo tan callada,
y ella siendo tan parlanchina.

Vacíalo en un bote con tapa, el jarabe tomará consistencia una vez esté frío. Deberás tomar una cucharada cada ocho horas, verás que a la tercera habrá desaparecido la tos.

Así recitó ella la receta, mientras me daba la primera cucharada en la boca. A la tercera desapareció la tos.

La bruja también.

No está más,
se esfumó,
me rompí yo.
Me enfermé eternamente de amor,
y ahora nunca podré quitarme la tos.



El mayor acto de magia es creer en ti, Mónica Ximena Ortiz Rodríguez

EL AQUELARRE Y LOS SECRETOS DE LA SANGRE

Mirza Patricia Mendoza Cerna

Todos rezan a Dios para que mantenga con vida a sus seres queridos. Yo rezo para que Poison, la tía que me crió muera sintiendo mucho dolor. A veces siento culpa por desecharle una terrible muerte; entonces pido clemencia por ella y sus pecados. Cuando recuerdo lo que hemos vivido, sigo rogando por un deceso doloroso.

Todas saben que la matriarca se ha ganado su lugar en el averno. Poison también lo intuye, aun así, redimirse no está en sus planes. Por tal motivo, incluso estando rígida en su cama, continuaba haciendo trabajos. A través de mis manos amarraba los conjuros: cabellos, plumas de cuervo, sal mezclada con saliva... del cliente. Mientras era marioneta de sus malsanas labores, recordaba mi niñez a su lado: cuando cuidaba y daba de comer a las ovejas, los cuyes, los perros, los gatos y las aves, todos ellos negros. La niña que era yo, limpiaba las heces, comprobaba la sal y el alcohol. Poison me hincaba con su palito, esperando el momento en que me equivocase o me demorase en atender su pedido.

Por las noches ella gritaba mientras soñaba y me obligaba a dormir en el suelo al lado de su catre. Sus pesadillas no tenían fin ni consuelo. Si me robaba un rosario, me dejaba sin comer todo el día. Luego me llamaba y, con sus dedos huesudos, me acariciaba la cabeza. Nunca me peinó, nunca lavó una de mis prendas. Mis piernas tenían picaduras de pulgas y mis cabellos estaban infestados de liendres. Recuerdo vívidamente aquel día en que tuve mucha hambre y quise comer una de las gallinas degolladas que usó como sacrificio. Me echó sus orines haciendo sonidos que solía hacerle a sus animales para arrearlos. Al rato, mirándome de reojo, soltó: "Morirás de inmediato si comes eso".

Mi tía Poison es la matriarca de la cofradía y aun estando agónica en cama no permitió que ninguna otra de las brujas tomara su lugar. Las hermanas brujas salían del cuarto babeando de rabia, sobre la maldición principal le echaron otras. Poison, la grande, no moría, solo agonizaba y se retorcía de dolor. "Ninguna de ellas tiene el poder

para matarme”, repetía cuando concentraba toda su energía para poder devolverles los maleficios.

Yo le daba de comer en la boca, le cortaba las uñas de los pies, ella necesitaba de mis atenciones. Más allá de ser la superior de la cofradía era mi tía y le debía respeto por el solo hecho de que a mí no me había matado.

“Nuestra sangre es poderosa”, me dice un día. Yo asiento mientras limpio el sudor de su frente. La gran Poison, la todopoderosa pactada, se despedía del mundo terrenal sin pedirme perdón. Ya no volvería a ver sus ojos oscuros hostigándome y eso me aliviaba. Antes de dar su último aliento emite un gemido tímido. Aprieto su mano hasta su última exhalación. Cuando siento el rigor mortis de su cadáver, agarro un palo y le pego hasta quedar exhausta. Una torpe venganza que no sosiega mi corazón.

Afuera, el aquelarre espera ansioso su deceso. Algunas lloran los primeros minutos luego de recibir la noticia. Yo debo fingir tristeza al igual que ellas. Con antelación, habíamos coordinado sus exequias. Me hice la tonta cuanto pude, las miraba con sumisión para que no sospecharan de mí. En el cementerio, una vez bajo tierra, la cofradía se alborota, ellas no pueden ocultar que la noticia les viene bien. Sus lenguas ponzoñosas quieren botar el veneno que guardan desde que el anuncio de su muerte las alteró. La gran Poison ya no vive más entre nosotras luego de que diversas maldiciones, de propias y extraños, la consumieran por los últimos siete años.

El panteón está vacío y las pocas personas que caminan por aquí nos miran asombradas. Nuestras faldas largas y negras, las blusas con encaje y botones grandes no son comunes; las velas y pañuelos negros, tampoco lo son. El cielo, turbado al presenciar la partida de un alma que no hallaría descanso en su reino celestial, deja escapar una fina llovizna que infunde vida a la discordia en torno al trono de la gran sacerdotisa, un puesto de poder que incluso Poison, en las garras de la muerte, se empeña en no abandonar.

Terminado el entierro, la cofradía está inquieta, me miran de reojo. Apagan las velas. Yo sé muchos secretos y guardo muchas llaves. En sus miradas presiento el desafío. Una se apresura, se acerca a mí y, casi al oído, me susurra una noticia que por mis propios medios supe hace años. No me sorprende. De algún modo Poison tenía que demostrar su valía ante el mandamás. Mis padres están muertos, qué más da.

Ella me educó a las patadas, pero nunca me dejó morir. Me enseñó a realizar los conjuros, rituales e invocaciones, al principio a los gritos y golpes, luego con ironía.

Me aparto de la hermana bruja y avanzo sola. Las otras trece me siguen murmurando. Entre ellas está la más anciana que huele a naftalina, en sus ojos se ve con claridad el brillo que tienen las personas ansiosas de poder. Atrás de ella, la más fuerte, otra candidata al puesto. Al fondo, las apestadas, las de bajo rango que solo les queda mirar. La más patética es una bruja joven que tiene la dentadura podrida. Sospecho que la pelea será entre la más fuerte y la más longeva.

Caminamos juntas y nuestras pisadas se alinean, sin embargo, en nuestras mentes la pugna ya empezó. Puedo respirar la incertidumbre. Sonrío. Mi talento está en mi sangre y mi fuerza de voluntad, en mi vocación de servicio para obrar maleficios y poder hacer trabajos difíciles. Estoy preparada para la guerra civil que se avecina. Las observaré atacándose entre sí desde el sillón que el Príncipe de las Sombras ya ha reservado con mi nombre.

Al principio no lo comprendí. Era muy diferente pactar con él que ser su elegida. Cuando Poison empezó a deteriorarse, empecé a soñar con un desierto que no tenía principio ni fin. La sed me agobiaba y mi único recurso era la arena. Tomaba un puñado y me lo llevaba a la boca. Tragaba y masticaba para poder suprimir la necesidad desesperada de saciar mi sed. Despertaba con la garganta seca y, al lado de mi cama, descubría unas huellas de cabra hechas de arena. No quise conectar los hechos sobrenaturales con algún llamado desde los infiernos. Creí que era una de las tantas batallas que me salpicaban por ser sobrina de aquella. Con el tiempo el mensaje fue haciéndose más notorio y junto con él mi soberbia se fue engrandeciendo. Con gusto miraba a las moscas verdes rodear al palo que era Poison porque representaban su fin y el inicio de mi reinado. Mi tía tenía razón, la sangre era parte del granconjuro que estaba reservado para mi dictadura.

Por respeto a mi luto, me dejan sola tres días, esperan que la miseria y desolación cubran mi alma de sobrina desamparada. Aprovecho en deshacerme de todos los objetos inservibles. Hago una gran pira con las cosas de Poison para que nada de ella quede en pie. Una nueva generación está palpitante y entregada a renovar cada rincón del lúgubre lugar. Esparzo las gotas carmesíes que emanen de mi dedo índice dando inicio al matrimonio con el mandamás.

No conozco otro tipo de vida, Poison estará maldiciéndome desde el inframundo. Yo no quiero vivir como ella, atrapada en una existencia miserable, plagada de horrores y mucho frío. Solo debo ser paciente y esperar las señales que llegan a través de los espejos y animales que vienen a morir a la puerta del domicilio. Son sus obsequios. Prendo las velas y bailo desnuda para agradarle. Luego me pongo boca abajo para recibir azotes de un látigo transparente. Su lengua pasa por las heridas abiertas y las cicatrizan en el acto.

Estamos de novios y el aquelarre no lo sabe. Río victoriosa, el tercer día ha llegado. Para consumar el matrimonio debe morir una de ellas. El aquelarre se arremolina. Las brujas hablan mirándome fijamente. La noche cae y la más anciana, por su edad, toma la palabra. Es directa y pide el trono sin titubear. La otra bruja, madura y fuerte, se carcajea. Las demás, expectantes, se echan sal para evitar el mal de ojo. Las contrincantes se maldicen mutuamente. Siento un peso sobre mi hombro derecho, es él. Por un espejo viejo veo su reflejo. Me atemoriza su rostro, sin embargo, la sed por un poder mayor al de Poison me anima a continuar. La bruja más fuerte empuja a la más anciana, esta cae entre los suspiros de las hermanas del aquelarre. Avanzo un paso y levanto la mano en señal de detención. La victimaria sonríe creyéndose vencedora, la anciana apenas se levanta, tambaleándose debilitada.

En ese momento, el silencio invade el aquelarre y todas las brujas se giran hacia mí, esperando mi próximo movimiento. Saco una daga. La bruja de dientes podridos lanza un grito estridente y profundo, como un aviso de guerra. Sé que lo acaba de ver caminar entre nosotras. El olor a azufre llena el ambiente. Aprovecho el momento, empuño el arma y trato de atacar a la miserable bruja de pútridos dientes. El aquelarre aguarda sin moverse. Me acerco a la infeliz para asestarle la puñalada mortal. El Príncipe de las Tinieblas no me lo permite. Un fuerte mareo me invade cuando veo el rostro triunfante de la pequeña bruja y entiendo el mensaje. Me muestra sus dientes carcomidos haciendo un gesto siniestro. Una fuerza poderosa me toma del brazo; con mi mano derecha corto las venas de mi muñeca izquierda. Brota el líquido rojo salpicando sobre la verdadera novia. El matrimonio se ha consumado, mi sangre solo sirve para ser sacrificada, tal como mi tía usó la sangre de mis padres para cerrar su pacto. Volveré a ver los ojos angustiosos de Poison en el inframundo, donde, seguro, ella me espera sin un atisbo de culpa.

CARTAS, FORTUNA, DESTINO

Daniel Alejandro Tena Salas

Ing. en Computación Inteligente UAA, 8º semestre

Para mi sol, Lucy, bonita

En mi sala silente, bebía una copa endulzada
Monedas ruidosas caen, entonces, su nombre percibo
Perdido estoy en su hechizo, en esa bella mirada
Una sola basta, como una espada, muriendo suspiro

Con gotas de esperanza tiro mi última apuesta
Entre las cartas mágicas prevalece una respuesta
Con el Loco, un buen comienzo, con el Mago, un buen actuar
Y con la misteriosa Sacerdotisa, una intuición sin fallar

Oh, ninfa cazadora, constelación latente del infinito celeste
¿Ves Muerte? La vences, la carta de esas heridas solo dice... renacer
Y la bendición holística lunar, con sutileza busca iluminarte
Donde, en el Mundo, ninguna caza falles ante tu radiante ser

Soy mortal errante, de la magia y el destino ignorante
De tu regazo, sintiente, en la pérgola de tus jardines
Somos caminos encontrados de fortuna palpitante
Y del universo entes etéreos y benditos, hasta sus confines



Neo Arquima, Daniel Diaz

ÍNDICE de imágenes



La emperatriz
Samanta Macías

10



El mayor acto de magia es creer en ti
Mónica Ximena Ortiz Rodríguez

40



Hechizos simples
Omar “Mr. Pulp” Sandoval Lozano

31



Neo Arquima
Daniel Diaz

46



¡Síguenos en nuestras redes sociales para
conocer la próxima convocatoria!



INSTAGRAM
@revistapirocromo



TIKTOK
@revistapirocromo



FACEBOOK
@pirocromo